

Jueves 15 de agosto del 2002

• TRANSICIONES •

Víctor Alejandro Espinoza Valle



¿Y...?

Mi hijo Alejandro, de 7 años, suele responder con semejante interrogante a explicaciones que no le convencen o cuando los argumentos empleados no le alcanzan para comprender la naturaleza del reclamo o la reprimenda. "¿Y?" es, desde luego, la pregunta defensiva de quien se siente rebasado por la explicación insuficiente; pero es también un reto para los portadores de la autoridad para que convengan a sus dependientes de que hay una razón que explica su conducta.

Cuando uno deja de seguir con rigurosidad las noticias del entorno por ausencias debidas a cuestiones laborales o personales, el retorno a la lectura de la cotidianidad se vuelve difícil, áspera, alarmante. Me refiero a esa sensación de que la nota roja ya hegemonizó las ocho columnas y de que de alguna manera nuestra sociedad ya se ha acostumbrado a ese tipo de noticias. Si además regresa uno de un país donde la inseguridad ocupa el último lugar entre los motivos de preocupación de la ciudadanía, el efecto es devastador. Al principio uno puede llegar a pensar que la situación pudiera ya ser caracterizada como un proceso acelerado de descomposición social. Enseguida se activa el recurso de sobrevivencia que implica cierta insensibilidad ante los hechos delictivos.

¿Y?, es la interrogante que surge ante las declaraciones de nuestras autoridades acerca de la violencia que colma nuestra existencia. Muertos por doquier, que se convierten en parte de una estadística criminal que pronto queda en el olvido. A la fosa común de la ignominia van sumándose cadáveres que dejan a familias sumidas en la tristeza y que son una terrible consecuencia de la degradación social. ¿Cómo empezó todo? ¿A quien culpar? ¿Ya no se puede hacer nada? ¿Y...?

Hay quien cree que la espiral de la violencia en nuestra entidad inició con los gobiernos emanados del PAN. No creo que sea un problema del tipo de partido en el Gobierno. Eso sí, coinciden en el tiempo el incremento de la delincuencia que ahora padecemos y la alternancia política; pero ésta no alcanza para explicar el deterioro social. En entidades con gobiernos priistas, como por ejemplo Sinaloa, las cosas no son muy distintas. Es desde luego un problema mucho más complejo. No sólo se explica por las variables económicas o por nuestra dependencia de Estados Unidos. También tiene que ver con una dimensión cultural, en la que se coloca en el centro el tema de la civilidad; es decir, el respeto a la legalidad y la sana convivencia en comunidad. No es tampoco un problema que se explica únicamente por la impunidad, por el hecho de que los culpables no son castigados la mayoría de las veces.

La delincuencia más visible es la asociada al narcotráfico. El rosario de ejecuciones por ajustes de cuentas y lucha por los mercados no tiene fin. Tenemos el infortunio de la geografía. Vecindad es destino. Somos el corredor natural para la droga que se dirige hacia Estados Unidos. Eso significa que la actividad de los cárteles no cesará. La única solución de fondo es la legalización de la droga. Solución que parece imposible. Tendría que ser una legalización mundial; eso acabaría con el gran negocio. Sin embargo, para países como Estados Unidos, que han hecho del combate a las drogas una religión, llegar a legalizar el consumo de los principales estupefacientes, resulta impensable.

Para el Gobierno mexicano el problema es mayúsculo. La infiltración y corrupción de funcionarios por dinero del narcotráfico será creciente. La batalla contra los cárteles es desigual. Ni destinando todo el presupuesto alcanzaría para hacer frente a la delincuencia organizada. Por ello los buenos deseos gubernamentales se estrellan contra la realidad. La explicación de la violencia no es unívoca; tiene múltiples aristas. Cuando nuestros gobernantes nos responden con fórmulas simples, no queda más que preguntar: ¿Y?

El autor es politólogo, Secretario General Académico de El Colegio de la Frontera Norte.